

GERARDO CORNEJO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de Literatura/Voz Viva

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
Programa Cultural de las Fronteras



Programa
cultural de
las fronteras

GERARDO
CORNEJO

Coedición: Universidad Nacional Autónoma de México
y Programa Cultural de las Fronteras

Primera edición, 1990.

Dr © 1990, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.
Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de Literatura/Voz Viva

Dr © 1990, Programa Cultural de las Fronteras
Álvaro Obregón 273, Col. Roma, México, D.F.

Impreso y hecho en México

PRESENTACIÓN

LA SIERRA Y EL VIENTO

La escritura de Gerardo Cornejo ha transitado por la novela, el ensayo, la antología y el cuento.

En 1977 publicó su primera novela, *La sierra y el viento* (Arte y Libros) que no tardó en convertirse en un clásico del norte de nuestro país pues cuenta, en su primera mitad, el viaje que emprende una familia desde la sierra (que es un paraíso lleno de pinos y habitado por animales salvajes), hasta el páramo que recibiría el nombre de Cajeme.

Los personajes abandonan las fértiles montañas para embarcarse en una aventura incierta porque las minas se agotaron y, al parecer, la agricultura y la ganadería no fueron suficientes para arraigar a los viejos gambusinos en aquellas hermosas alturas.

Así, la novela tendrá la estructura que le da el viaje (cada capítulo habla de la estancia de los protagonistas en diferentes regiones como la sierra misma, el desierto, las rústicas aldeas, las incipientes aldeas o el mar) y se enriquecerá con múltiples diálogos y anécdotas que muy a menudo se convierten en verdaderos cuentos independientes.

El punto de vista narrativo está dado por los ojos de un niño, quien observa emocionado cómo bajan de la sierra, se adentran en el desierto y finalmente descubre el trazo y los hacinamientos de Tónichi, con su incomprensible ajetreo y la ostentación del monstruoso ferrocarril.

En la segunda mitad de la novela se acaban el lirismo y la mesura —que nos traen ecos de José María Arguedas, Demetrio Aguilera Malta, Ciro Alegría y de la mejor tradición de la novela "social"— y se acelera la narración con el relato de los padecimientos de los emigrantes que llegan a colonizar el desierto abrasador. En este momento, el niño cuenta y muestra los mecanismos de su mente:

Pero el más entretenido era aquel juego que consistía en repartir tarjetitas que tenían impresas nueve figuras de colores en líneas de a tres. Luego el conductor del juego iba sacando una a una las barajas que tenían las mismas figuras anunciándolas a gritos para que cada uno fuera poniendo un grano de frijol en cada figura de su tarjeta que iba saliendo. De pronto, el primero en completar su tarjeta gritaba exaltado: ¡Aquí con ella! y automáticamente todos los demás exclamaban: ¡Putá madre!

VICENTE FRANCISCO TORRES

Como no sabíamos todavía el nombre del juego, por estar vedado para los niños, optamos por llamarle "el juego de la puta madre".

Es obligado señalar que, a lo largo de todo el libro, encontramos la presencia avasalladora de los elementos de la naturaleza en dos de sus formas extremas: la sierrña, que es edénica, con sus ríos, arroyos, bosques y cañadas; y la desértica, que con su calor atroz, sus alimañas y su vegetación inmisericorde, sabe devorar a los hombres. Creo que la obra de Gerardo Cornejo vuelve a traer al candelero el antiguo problema de la novela salvaje, y no lo revive gratuitamente, sino que este autor quiere dejar constancia de las atmósferas donde ha vivido, en este "país de magias geográficas", como él dice. Pero ¿quién es Gerardo Cornejo? En 1984, me dijo lo que viene a continuación.

EL ESCRITOR

Soy nativo de un pueblito de la sierra madre sonoreense que se llama Tarachi. Visto desde lejos, en la noche, este caserío no es sino un puñadito de estrellas regadas entre las piedras, pero también es el imán nostálgico que me llama hacia el punto de partida donde se asienta mi identidad originaria.

A mí me pasó lo que a tantos que tuvimos que abandonar nuestro pueblo, nuestra ciudad, nuestro estado para cubrir toda la longitud de la escala educativa. Por eso fui a parar a la Universidad Nacional Autónoma de México, en mi temprana juventud, para hacer la carrera de Derecho. Después trabajé durante muchos años en organismos relacionados con las Naciones Unidas y eso me llevó a trajinar por muchos países de América Latina, Asia y África. De vuelta a México, pude crear varias instituciones que por su crecimiento y complejidad me obligaron a hacer de la administración social mi segunda carrera. Durante esa etapa, mi trabajo literario permaneció desatendido, latente, subterráneo y sustituido por la ambición del éxito profesional.

Hasta que un día me atacó de vuelta el virus luminoso de la literatura que había reprimido desde la prepara-

toría y escribí *La sierra y el viento*. A partir de entonces todo se transformó, al grado de que volvía al campo de la educación, de la academia y del vicio de la lectura.

Tengo escritores favoritos, periodos preferidos e influencias inconscientes. Entre los primeros están Ricardo Güiraldes, José María Arguedas, Ricardo Palma, Tomás Carrasquilla, Horacio Quiroga, Miguel Ángel Asturias, Juan Rulfo, Alejo Carpentier, etc., aunque a ninguno sigo en especial ni considero mi maestro. En cuanto a los periodos, tengo debilidad por la literatura regionalista latinoamericana del primer tercio de este siglo. Por lo que toca a las influencias, debo tener muchas pero me es difícil detectarlas y, después de todo, ése es trabajo de los críticos.

EL SOLAR DE LOS SILENCIOS

En diciembre de 1983, Gerardo Cornejo dio a la estampa *El solar de los silencios* (Publicaciones del Gobierno del Estado de Sonora), un libro de cuentos en el que la sierra sonorense vuelve a surgir abrumadoramente, tal como sugiere Erly Danieri que aparece la naturaleza de nuestro continente.

El paisaje que se intenta colocar como trasfondo, irrumpe a primer plano; la tierra se convierte en personaje central, verdadero protagonista tiránico y dominante y ya no es el hombre quien describe el paisaje; la tierra invade su vida y acuña su arte.

(*Esta tierra de América*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.)

En efecto, si en *La sierra y el viento* sólo habíamos observado cómo los viejos gambusinos abandonan la sierra, por *El solar de los silencios* sabremos que fue la sequía inmisericorde —que alcanzaba un millón de kilómetros cuadrados— la que los obligó a emigrar pues todavía no se iniciaba la construcción de presas ni la lucha contra el desierto.

Si en *La sierra y el viento* el lirismo era el interés primordial de Cornejo, en *El solar de los silencios* se entrega, además, a la exhibición de las penurias de blancos e indios. Para esto vuelve a los recursos ya utilizados en su novela, algo así como las cajas chinas en donde una historia contiene otra, y otra más. Creo que a esto se debe que en sus narraciones abundan los cuenteros, personajes típicos que resultan muy bien dotados con ese rasgo que caracteriza a los hombres de la sierra quienes, acostumbrados a la soledad de las alturas, cuando logran reunirse al amor del fuego, no paran de ensartar una anécdota tras otra. Y ahí está el caso de "El solar de los silencios" que no es otra cosa sino el cementerio al que acude un hombre en busca de una nueva historia de espantos para compartirla con el grupo

de bebedores de "tumba apaches" a quienes ya les habían aburrido las mismas anécdotas.

Sobre su interés por la narración oral, me dijo Gerardo Cornejo:

Soy básicamente un cuentero porque recojo anécdotas de la cordillera. Mi manera de conservar la cordura es escaparme a la sierra durante los periodos de vacaciones y me paso dos o tres semanas allá. Voy en la época de ordeña y ando de rancho en rancho. A la lumbre de las fogatas escucho los cuentos que no se han recogido. Los viejitos me guardan las anécdotas y yo las apunto en una libreta. Una vez se me perdió en un camino remoto, la encontró un vaquero y dijo "Ésta tiene que ser la libreta de Gerardo", y me la llevó. En *La sierra y el viento* hay dos de esos cuenteros: Maximino Salayandía y Toribio. Yo recopilé esas anécdotas y traté luego de convertirlas en cuentos. El poder de la geografía en mi estado natal ejerce una influencia determinante. Si tú naciste en una de las grandes llanuras oceánicas de Sonora, las llevas dentro por toda tu vida. Es muy fuerte la presencia del paisaje. Si naciste en la cordillera, la llevas dentro a donde quiera que vayas, aunque seas un pata de perro como yo. La nostalgia no se te borra jamás, por eso tengo que estar regresando.

El solar de los silencios es un bonito libro formado con cuentos sencillos que transpiran una belleza descorazonadora, resultado de la desmesura de los problemas que afrontan blancos e indios —los mayos en este caso, que nos permiten entrever sus mitos y sus modos de pensar—: la sequía, la burocracia voraz y la acordada (hay sin embargo en el volumen tres cuentos que suceden en Veracruz, Chiapas y el Distrito Federal).

Aunque a Cornejo no le han preocupado las vacuas audacias formales, en ningún momento ha renunciado a su voluntad estilística que se manifiesta en párrafos como el siguiente:

Y en este villorrio que tiene seca hasta el alma, anida siempre chismes y lenguas como tenedores de vidrio que se encajan en los adentros. Creo que por eso no crecen sino vinoramas espinosas en las lomas largas que lo conectan con estos cerros sedientos. Todo parece como un borrón rojizo, porque a las casas se las está comiendo el viento y ya se desmoronan como azúcar mojada.

EL DESIERTO

Sobre el desierto, que es un espacio muy importante para los libros del autor, afirma:

Se ha trabajado muy poco como ámbito literario, y eso es muy extraño en una latitud tan dilatada como el norte, donde lo que predomina es la gran llanura amarilla y, si te vas al noroeste, llegas al desierto mismo que es Altar, el desierto descarado. Es curioso que esa presencia no se haya dado muy

claramente en la literatura norteña. No ha sido muy trabajado, salvo casos excepcionales como el de Jesús Gardea, en cuyas obras el sol, la sequedad, el llano, la soledad y el chorro mercurial del calor se notan mucho. Hay poetas, como Rubén C. Navarro, que sí lo han trabajado. Él se remontó al desierto, vivió sus últimos días allá y escribió cosas muy hermosas. Es más, él murió en el desierto, cerca de Puerto Peñasco.

EL INDIGENISMO

Además de una antología de escritores sonorenses (*Cuéntame uno*, El colegio de Sonora, 1986), Gerardo Cornejo publicó *Las dualidades fecundas* (Editorial Katún, 1987), un ensayo donde plantea la ventaja de acercarse a los problemas del indigenismo con una formación doble: la del narrador y la del científico social. Sobre su interés por el indigenismo, me dijo:

Tarachi es un pueblito mestizo; mitad indígena y mitad español. La familia de mi madre viene de un enclave vasco muy extraño. Por su parte los hombres son blancos, de ojos verdes y de nariz aguileña. A siete kilómetros de Tarachi hay un pueblito de indios pimas, de donde provienen mi padre y mi abuelo. Como la mitad de mi sangre es pima, todo lo que tenga que ver con la realidad indígena, no sólo en México sino en Latinoamérica, me llega muy hondo, me toca cuerdas interiores. Además, como ya te dije, mi trabajo en la ONU me dio la oportunidad de vivir muy profundamente la realidad indígena en países como Perú, Ecuador y Guatemala. Como trabajaba en programas de desarrollo de la comunidad rural, tenía que vivir la realidad indígena latinoamericana. La viví por dentro; me impactó tanto que tenía que sacar los resabios que me dejó. Empecé a investigar lo que se había hecho para conocerla a fondo y encontré dos vetas: la literatura y las ciencias sociales indigenistas. Tuve que hacer una revisión exhaustiva para llegar a formular la tesis que planteo en *Las dualidades fecundas*, la del escritor científico social, esa formación binaria o dualidad fecunda.

LOS BÁRBAROS DEL NORTE

En uno de los muchos planteamientos que sobre el escritor y su obra hizo José Revueltas, afirmó que el autor debe plasmar la realidad no en su apariencia caótica sino en sus tendencias profundas.

Justamente la apuesta sobre los caminos de la realidad fue lo que llevó a Gerardo Cornejo a la concepción de su segunda novela, *Al norte del milenio* (Editorial Leega, 1989). En ella imagina la situación de México en el año 2000 y dicha aventura de la fantasía está determinada por una doble

pasión: la que Cornejo siente por México en general y por Sonora en particular.

A lo largo de los años, debido a los poderes de los medios de comunicación, al centralismo que padecemos, a la ignorancia, a la falta de amor por el terruño, a la deuda externa y hasta a los sismos de 1985, muchos habitantes del norte de México han soñado que se incorporan con todo y chivas al mapa de Estados Unidos de Norteamérica. Por supuesto que no todas las personas oriundas de los estados norteños sufren ese desarraigo. Miguel Méndez, por ejemplo, es uno de los pioneros de la novela chicana y, a pesar de que trabaja en Tucson, Arizona, escribe en español y ubica sus relatos en Sonora.

Al norte del milenio es una crítica a los vicios de nuestro sistema político en general y a la gringofilia de los norteños en particular.

Con unos recursos parecidos a los de la ciencia ficción, Cornejo imagina largas conversaciones entre un escritor o cronista que sube a la sierra para platicar con unos guerrilleros que viven ya en el año 2000. Para esos tiempos, la frontera mexicana ha bajado hasta el paralelo 25, la base naval de San Diego está en Ensenada y, como Nuevo León y Tamaulipas fueron partidos por el paralelo, se unieron para formar un nuevo estado.

En ese año, México ha pasado ya por el caos social (asaltos, bombas, represión), el fraude electoral, el resurgimiento de las fuerzas clericales, la tardía e inocua fusión de las izquierdas, el enésimo intento de exterminar a los indígenas y la escisión del grupo en el poder.

Pero la actitud de Cornejo no se queda en la imaginación atormentada. Su fe en los pueblos latinoamericanos, los científicos conscientes, los indígenas y los obreros y campesinos que no pueden sacar dólares ni mandar a sus hijos a estudiar en el extranjero, lo llevan a darle un final feliz a su novela: los políticos y adinerados que dieron su apoyo al imperio invasor, empiezan a quedarse solos. Son derrotados por los guerrilleros y la resistencia que se niega a cultivar sus campos, a laborar en sus fábricas y a servirles de criados. En Estados Unidos los ciudadanos se dan cuenta de que la ocupación no es un juego porque cada vez tienen que morir más gringos. Protestan los veteranos de guerra, los periodistas independientes, los artistas y los sindicatos. De esta manera, lo que era un planteamiento regional se proyecta hacia la historia universal: los autócratas tienen poca imaginación; por eso repiten las mismas atrocidades: empiezan quemando libros y acaban quemando personas. Por eso los periodos negros son siempre recurrentes. Como los vencedores borran o alteran los testimonios escritos de sus atropellos, los guerrilleros buscan a un cronista para que suba a las montañas y deje constancia de su lucha y de sus penurias. Debido a eso la novela tiene una estructura de entrevista, de plática enfebrecida.

Al norte del milenio es una *summa* de la vida y de la obra del autor: aparecen refundidos los hechos que leímos en *La sierra y el viento*, se filtran sus ideas en torno al in-

digenismo, aparece la experiencia del movimiento de 1968, el aniquilamiento de los presos políticos y hasta la fundación que Cornejo hizo de El Colegio de Sonora.

Si Carlos Fuentes en *Cristóbal nonato* (1987) imaginó un México gobernado por panistas clericales y mutilado en la península de Yucatán por nuestros acreedores, tenemos ya dos libros que expresan una preocupación generalizada que ojalá tuviera la respuesta que Cornejo da en *Al norte del milenio*: estamos viviendo los momentos más críticos porque está cercano el cambio o, para decirlo con palabras de los madrugadores de la cordillera, "justo antes del amanecer es más oscura la noche".

LADO A

DE LA SIERRA Y EL VIENTO, 1977 (Fragmentos)

UNA LUCHA ENTRE DOS TIEMPOS

—¿Te vas José Juvencio?

—Sí, Anselmo, vamos a bajar a los valles, nos vamos pa' Cajeme.

No dijo más, con su decisión a cuestras se echó camino arriba llevándolo todo consigo y al llegar al Puertecito del Aire, volteó hacia abajo para echar una última mirada sobre La Carrileña, y un torrente de pasado le invadió la memoria.

Él había llegado a aquella hondonada con su familia todavía pequeña y sus ilusiones ya grandes. Varias vetas habían sido descubiertas y muchas bocas negras se habían abierto en las faldas del Chomonqui. Los mineros animosos subían la cuesta pasando frente a la enorme hoquedad de La Carrileña, ya abandonada y semirrellenada con los jales que rodaban cuesta abajo como una cascada sólida y suspendida.

Había dejado sus ganados y sus apacibles pinares y aquel vallecito alto de Tarachi rodeado de cuestras ascendentes y verdes que suben hasta tocar los vientos fríos; los pilares de roca que a fuerza de milenios habían abierto una profunda herida en su vientre para formar un cañón que vierte agua de sus paredes todo el año; perenne oasis de frescura donde tantas generaciones de mujeres habían lavado sus pláticas y sus ropas sobre piedras lajas; estanque puro de diversión para la niñez de todos los nacidos en aquel recodo de la Sierra Madre; pueblito de adobe confundido con el barro rojo de las pequeñas mesetas al pie del cerro del Peñasco blanco; apacible morada de calles zigzagantes que terminan antes de hacerse largas; mezcla de cantera y adobe con soporte voluntarioso de tejabanos y vigas; corrales de traspatio y mugir de ganado en las noches silenciosas; pasos furtivos en una oscuridad ayudada por sombras de

casas hechas sin prisa; lenguaje de insectos contestado sólo por el cosmos; cielo excesivo en estrellas.

Aquél era su origen. Conocía cada piedra del arroyo y cada cauce de su orilla. Había pastoreado las vacas en todos los potreros y cabalgado todos los caminos. Y amaba los olores de la sierra, el mugir del ganado en la época de ordeña, los elotes tiernos de agosto, las frutas frescas de siempre.

Y había dejado todo aquello para venirse a las minas en busca de oros escondidos. Los gambusinos con sus grandes bateas de madera hurgaban en el arroyo relavando los restos de "la grande" con un paciente mecer circular de arenillas vidriosas a orillas del hilo de agua cobriza que salía de la mina vieja.

Habitados a los grandes espacios de sus cumbres, al aire limpio y a la libertad de todos sus sentidos, sufrían en silencio el tener que meterse enteros en aquellos huecos húmedos y oscuros. Era como ver aves silenciosas, cerrar sus propias jaulas y perder sus horizontes.

Luego vinieron los mineros fogueados que conocían el oficio y que tenían la mente habituada a sentirse mitad hombres y mitad topos. Tenían las manos agrietadas y duras y algunos habían perdido los dedos volados en pedazos por alguna explosión prematura de pólvora. Otros tenían deformes machucones en los antebrazos u los nudillos hechos flor por el marro y la barreta. Mostraban dientes amarillos de nicotina y descuido cuando una sonrisa leve les vislumbraba el humor y su tez ceniza denunciaba una tuberculosis desarrollada a fuerza de meterse en aquellos huecos malos antes de que saliera el sol y de no salir hasta que se había metido. Uno de ellos vivía en el tiro abandonado de una vieja mina y una vez me dijo que prefería el frío húmedo de adentro al aire mordiente de afuera. Pensé entonces, que él ya era un enterrado y que sólo visitaba la superficie con humor de fantasma. En el Mineral no había cementerio porque nadie se había muerto todavía, por eso me figuraba que cuando los "cascados" se fueran muriendo los irían echando en el enorme hoyo abandonado de La Carrileña.

Aquella vida era demasiado dura para los vaqueros de Tarachi y para los demás arribeños que nunca pudieron adaptarse. Para su suerte, y a fuerza de sacarle tanto, la tierra fue empezando a escatimar sus tesoros y los negaría definitivamente antes de que ellos llegaran a convertirse en mineros de por vida.

Todavía durante años la mano temblorosa que sostenía las barretas y manejaba los marros insistió en quebrar el metal producido por explosiones de pólvora que desgarraban los cerros. Pero las vetas estaban agotadas y sólo pequeños yacimientos mantenían viva la esperanza de unos cuantos.

Y un mal día llegó el gringo. Su acento perentorio y ofensivo contrastaba con el suave hablar de los mineros sierreños y sus inmensos pies metidos en tiesas botas de ojillos metálicos, resonaron en la cañada como un augurio de muerte.

—Dizque va a cerrar "la grande".

—No la friegues.

—Sí, te digo que Juan Trevizo lo oyó diciéndole a Tomás Henríquez que buscara a quien vender la fierrada porque pa' sacarla de aquí a puro lomo de bestia, pos está jodido. Ah, y que si nó, pos que se llevaría aunque sea los motores, y que, pos... que arañaran con sus uñas porque él se llevaría todo a la Santa Clara que tiene güenas vetas y que está a cientos de kilómetros quien sabe pa onde.

Ese día el ánimo de todos se precipitó cuesta abajo. Muchos comenzaron a organizar su regreso a Tarachi para empezar de nuevo a arañar, con sus yuntas, los "magüechis" desperdigados entre los riscos o abandonados a las orillas de los arroyos. Los gambúsinos seguían tercos en su paciente tarea convencidos de que los jales todavía tenían para rato y continuaban sacando sus chispitas guardándolas con amoroso cuidado en sus paliacates y, cuando pensaban que "ya pesaban un viaje" emprendían la subida del sendero montañoso y se perdían para regresar, días más tarde, con provisiones, algunas herramientas nuevas y unos frascos llenos de azogue para separar las chispitas de los demás "molidos".

Él había hecho lo mismo. Se deshizo de sus animalitos y se lanzó a aquello con sus hombros y brazos como equipo. Y construyó su cabaña con gruesos troncos lomos y techo de tablas; y se metió a las minas a sudar el sudor verde de la falta de sol; y hurgó en el arroyo; y reunió su bolsa de chispitas y se marchó a venderlas.

(...)

Pero aquello había llegado a su fin con la muerte de Mineral. Los cascados se irían pronto a morir en otras minas y los demás regresarían a sus parajes de vacas y de potros.

(...)

Cuando mi padre partió para Tarachi a decir adiós a todos y regresó con un atajo de mulas equipadas para el viaje, se hizo todo, de pronto, realidad.

—Entonces es cierto —me dijo Trini—; y no puede tardar porque ya trajo hasta las mulas —volvió a decir como para sí mismo poseído por una extraña mezcla de excitación, temor y melancolía.

Y la vida desde ese momento se convirtió en un estado de espera. Pero de una espera que no tenía alegría, de una especie de ansiedad, como si estuviésemos navegando un río cuya corriente nos llevara forzosamente hacia el lejano ruido, ya perceptible, de su desembocadura por la que tendríamos que pasar antes de internarnos en un mar remoto y desconocido. Se iba abriendo paso el futuro irrumpiendo, implacable, en nuestro presente y esto nos causaba un sentimiento de interrupción, de lucha entre dos tiempos. Aquel hermoso presente de niñez y montaña iba a perder la batalla y de él sólo sobreviviría el olvido.

Nuestras tiernas mentes entonadas al ritmo de la natu-

raleza, ahora tendrían que aceptar un cambio brutal y definitivo. Nuestros ojos acostumbrados a reflejar la belleza de la sierra, serían ahora espejo de desconocidas lejanías.

Mucho después, los dos tiempos volverían a encontrarse en el llano y el olvido sería sacudido con rudeza por una avalancha de recuerdos que se repetiría, a intervalos, para siempre, hasta que ambos formaron en el desierto un remolino con el viento de nuestras vidas.

El arraigo de los adultos era más profundo y por eso sufrían más que nosotros aquel contundente adiós. Sabían que era para siempre y que aquel siempre no tendría retornos. Por eso andaban cabizbajos preparándolo todo sin hablar. Se les veía asomar la melancolía a los ojos deseando para sus adentros que todo aquello fuera sólo un juego pasajero y que pronto lo disipara la realidad.

Pero no había sueño que disipar y la realidad estaba allí con su irrefutable contundencia. Las minas estaban agotadas, los jales habían sido relavados y relavados, los estallidos de pólvora de los buscadores sólo abrían huecos estériles en la piedra colorada de los cerros que negaban para siempre el oro de sus entrañas.

Y a fin de cuentas, ¿a dónde había ido a parar todo aquel oro, aquel oro, que, por toneladas, se había sacado con sudor y muerte durante tantos años? Nunca, nadie me supo explicar que ellos fueron sólo herramientas humanas; que el oro ni lo habían conocido. Después de la molienda del metal se hacían los procesos de separación y aislamiento. Luego otros lo empacaban en cajas de madera flejada y se lo llevaban sin que nadie supiera cuando. Después se sabía que, muchos días más tarde, las cajas dejaban el lomo de las mulas para embarcarse en tren "dizque pa la frontera".

Yo ya era grande cuando supe, por fin, que aquel oro iba para donde siempre: supe que cruzaba la frontera en Nogales...

Pero aunque esto, a los siete años, no me importara, jamás pude olvidar las caras enjutas y reseacas de los que extraían el metal y que, como Anselmo (y miles de Anselmos) se fueron muriendo de silicosis y desnutrición después de que un río de oro ajeno gastó sus manos y sus vidas.

DE AL NORTE DEL MILENIO, 1989
(Fragmentos)

LA PRIMERA ENTREVISTA

¡Le digo que estas cumbres ventisqueras y estas barrancas cataclísmicas lo saben todo! Pero, aunque lo arrastre por mi relato, la rabia nunca podrá morderle los entresijos igual que a nosotros. Y es que en su tiempo, lo que va usted a oír está apenas por suceder; también es porque no nació en esta vastedad norteña y porque no resultará cercenado como nosotros. Por eso, puede atenerse a las estrechuras de la objetividad, a la parálisis de la observación y a los hielos de la razón. Así que por más atención que quiera acarrear, en sus finales de milenio, para nuestra lucha; por más advertencias que quiera gritar a los de su tiempo, tiene que transmitirlo todo sin emoción para que no lo tilden de terrorista palabrero o, por lo menos, de imaginador afiebrado. Mucho más cuando tiene que advertirles algo que apenas les va a suceder, sobre algo que ellos están haciendo pasar lenta, pero seguramente, todos los días. ¡Sí, sí, ya sé que cruzan por su época con los ojos y los oídos vendados! ¡Si lo sabré yo! Pero para eso lo mandó su imaginación poderosa hasta estos tiempos, y para eso tuvo que pasar por lo que pasó. Pero, le repito: estos asomaderos insondables saben algo que no va a poder recoger en su grabadora ni en su libretita esa. Cuando le estorben entre las manos lo va a empezar a comprender. El caso es que, aunque usted no lo pueda sentir igual, entre nosotros no hay nadie con el alma en el cuerpo que al divisar desde estas elevancias lo que nos arrancaron, no sea poseído por una ira de hiel que le hierve por dentro y luego le va enturbiando el torrente sanguíneo hasta reavivarle los rescoldos más escondidos. Por eso tiene uno que echar afuera esa lumbre. Y aquí la echamos en forma de grito; es un grito rajado por la ira más consumiente de todas: la de verlo todo tan en otras manos; tan total, aunque temporalmente, entregado. ¡¡Sí, digo temporalmente!! Porque de aquí no nos sacan sino con los ojos fríos y el cuerpo tieso o con la devolución de lo que nos amputaron. Ése es el grito que usted oyó tantas veces mientras subía hasta nuestro tiempo. Es himno y símbolo a la vez; es un desgarramiento visceral que se va desprendiendo entre hervores de cal viva y que sale en la forma de un alarido de odio que cuarteja las paredes interiores y que nos irá comiendo como a carne de leproso si no expulsamos pronto de nuestro territorio, y de nuestro tiempo, a los depredadores rapaces del norte y a las hienas carroñeras de nuestro mismo país que los trajeron y que los sirven. Así que no joda con eso de la objetividad y entienda por qué me resistía a que tuviera usted que subir hasta nuestro presente y nuestras dominancias con toda su herramienta investigadora y su vasta instrucción. Porque sé que con ella nos irá vivificando las brasas interiores y removiendo el rescoldo de la memoria hasta extraernos a tirones los recuer-

dos de la Gran Alienación. Usted sabe muy bien que la indignación nos devoró la mitad del alma. Pero la otra mitad la tenemos llena de certeza. ¡Sí, no se extrañe. Aún en éstas que nos ve, digo: certeza! ¡Porque, se lo repito hasta el pasado que todavía es suyo; hasta el futuro, que es nuestro, y hasta más allá de todos los nuncas: de aquí no nos sacan sino para recobrar lo mutilado o para incinerarnos en los Hornos de Transformación Celular que El Imperio regaló al Gobierno de Colaboración para que desaparezca a nuestros guerrilleros antes de que el pueblo, o la otra mitad del país, o el mundo, se den cuenta de su captura. Y, ¡dígaselo a todos los de su tiempo; a todos los de la otra mitad del país; dígaselo a todos los pueblos de todos los tiempos: a pesar de todas las improbabilidades computadas por El Imperio; en contra de toda su lógica cuantificada; pese a toda carencia de viabilidad: vamos sacarlos de nuestro territorio y a echarlos al desierto junto con la gusanera colaboracionista de adentro!! por eso nosotros seremos siempre un recuerdo mientras que los de su tiempo ya son un olvido.

(...)

Luego vino la gran agricultura a terminar de llevarse el agua y el poder hacia los valles. Y desde entonces este estado se convirtió en un gran árbol acostado. Un árbol con el raizamen succionante en la sierra, el tallo conductor en los ríos y la ramazón productiva en los valles; desde entonces todo fue un arriba y un abajo, hasta que se formaron los dos estados que usted conoció más tarde: el de los valles y el de la sierra; el de abajo y el de arriba; el apurado y el apacible; el nuevo y el antiguo; el moderno y el tradicional.

(...)

Esos fueron los fundadores de la barbarie adinerada y de la animalidad social de que usted habla tanto. Y fue para preservarlas, que necesitaron imponer su propia mentalidad. Por eso machacaron siempre, por todos los medios posibles, en todas las circunstancias propicias, por todos los canales disponibles, con persistencia cotidiana y con instalación de costumbre, las grandes mentiras que hicieron que aquella población, sin anticuerpos culturales, cayera en los mitos primitivos de la sobrevaloración propia a base de la denigración ajena. Eso, junto con los errores sistemáticos del Poder Central, fue lo que generalizó la epidemia aquella de los tres padecimientos psíquicos de la época: el antisurismo hereditario, el regionalismo inculcado y la gringofilia pueril. De una vez por todas, le dejó establecido que esas fueron las fuentes culturales que juntas, conformaron la mentalidad de los BIRs (Broncos, Ignorantes y Reaccionarios) sobre la que se cimentó el advenimiento de la Gran Alienación.

(...)

NOSOTROS

¿Qué comience por mí mismo? ¡Sabía que no tardaba en llegar a eso! Usted quiere bucear en los sótanos mismos de la historia interior, de la crónica concreta. Por eso, no me queda más que senderear por las memorias individuales. ¡Pero le advierto que la memoria está hecha para fallar porque su tiempo no es el de nosotros!

(...)

LOS INDIOS ESTOS

(...)

Pero como la tragedia se disuelve cuando se hace colectiva, y como usted insiste en que comience por el principio, yo sigo con mis crónicas individuales. Sólo así podré mostrarle el reverso de los registros, la verdadera realidad, pues. Por eso, hago inmersiones recónditas hasta tocar al hombre concreto. Y el primero que toco, es el primero de siempre: el indio que todos llevamos dentro.

(...)

LA ROSENDA MIRANDA

¡No Doctor, no son digresiones. Son historias paralelas. Además, nunca quedamos en que no más de mí le hablaría! ¡No, no me resisto! Más bien: ¡sí me resisto, porque me remueve los rescoldos! Y es que... es que es penoso deshebrar la crónica propia. Eso debieran hacerlo los demás por uno, si es que uno lo merece. Y es que la memoria no es documento sino evocación. Por eso le suelto los relatos como pedazos de mapa, para que usted, con su renombrado talento ordenador los arme como se debe...

(...)

Y... ¡carajo Doctor! me quedé babieca ante aquel rostro moreno y aquellos ojos lacustres que tanto celebraríamos todos muchos años después. Lo que sí puedo dejarle establecido, es que aquella fue la primera vez que me dio por andar hablando en verso y por caminar sin pisar el suelo. Ni caso tiene que intente describirle aquello porque lo que siguió, fue un deambular entre constelaciones que duró tanto como mi adolescencia. Se lo digo porque mientras viví en la Ciudad Entreluz, me las arreglé para escapar cada vez

que el tiempo me daba una rendija. Y allí iba yo como manantial en busca de cauce. Con decirle que hasta el tatamadero de Las Lumbres me parecía añorable y que no me importaban las tres horas tragando polvo caliente, ni las hambres acumuladas esperando un levantón a la orilla del camino aquel que más parecía una maldición cumplida. Llegué al exceso de escribir una oda a la pizca de algodón porque era la única fiesta que empezaba a pegarse como tradición en aquel caserío disperso y siempre provisional. Y es que, como ya lo habrá notado, desde entonces ya era un hombre de emoción más que de razón y estaba convencido (creo que todavía lo estoy) de que aquella criatura transitaba por aquel trozo de su vida equipada con un atadito de virtudes angelicales; de que se trataba de un ser que la naturaleza había creado para mí en un día en que entraba alegre; un día, Doctor, en que quería complacerse creando un ser que rimara con tanta maravilla como había puesto sobre el planeta.

(...)

Y en eso estaba la vida cuando, como ya había comenzado a contarle, tuvimos que volar de la Ciudad Entreluz con alas ávidas. Nadie de los que huíamos entonces, sintió ni por asomo, que aquello pudiera ser un adiós que duraría media vida. Pero para Rosenda Miranda y para mí fue como una doble amputación. La maldecimos por injusta, y porque teníamos la certeza de que estábamos pagando en una sola sufrida toda la ración de dolor que nos tocaba para el resto de la vida. Desde entonces le tengo rabia a las despedidas. Me parece como si en cada una se me hubiera ido un pedazo de mí mismo; como que me fuera gastando cada vez que me toca un adiós definitivo; como que me fuera a consumir por completo si me sigo despidiendo.

(...)

LA AUDIENCIA PATRICIA

Mire, ya hemos... como le dijera... ya hemos quemado juntos muchos leños y removido muchos rescoldos; ya nos hemos conversado botellas enteras y nos hemos desvelado hasta las madrugadas azules sin el permiso de la razón. Y yo hablo y hablo, y usted escribe, y graba, y anota y... y todavía nos estamos hablando de usted, ¿se ha fijado? ¿Usted cree que eso indica algo?, ¿algo así como un distanciamiento preventivo; como un guardar el trecho exigido por la imparcialidad, como un dique a un involucramiento que puede comprometer su asepsia histórica? ¿Será por eso que llevo recorridas tantas distancias compartiendo estas inmersiones en el pasado con alguien a quien todavía trato de usted? ¿Será por eso? Para mí que sí. Por eso es que le pido que bote a la barranca esa reserva y al internarnos en los

bosques que rodean el Lago de las Nieblas nos hablemos de tú. Lo digo porque lo que me falta de contarle, estruja los entresijos y requiere de la certidumbre de que uno se lo está entregando a quien lo va a transmitir como lo recogió y no a quien lo va a someter a la traición de la interpretación. Porque ésa se la vamos a dejar al que lea lo que usted escriba, ¿o no? Al fin que el responsable seré yo porque éstas son memorias, no tratado de historia.

¡Sí, así de seguro! ¿Que en ese trance podemos quedar muchos? ¡Claro, hombre, por eso hemos pedido un entierro tarahumara para los que caigan: sólo tendrían que dejarnos en una cueva de los acantilados que están a la orilla de nuestros pueblos montañoses. Con la cara hacia el oriente para no perder el rumbo en la otra realidad; con algunos enseres y herramientas para el viaje, y con una tapa hermética de piedra en la entrada para que no nos acompañe ningún animal de los que se arrastran. En cuanto a mí: yo quisiera morir como una paja suelta, como una espina; sin acuosidades que causen hedor, sin masas blandas que se pudran. Quisiera morir como un hato de espigas elegantes en un ramillettero seco, como una pluma guardada con fervor entre las letras de un libro. Nuestra canción para el camino ya la sabes, y será grabada en la piedra de la entrada para que dé indicios a los rastreadores (como tú), y a los huelladores de los senderos del hombre. ¡Sí, sí! ya me di cuenta: otro arranque de...

(...)

Porque nosotros, ya somos el recuerdo que seremos mientras que ellos, sólo serán un olvido.

LADO B

DE EL SOLAR DE LOS SILENCIOS, 1983

POR ESO ESTOY AQUÍ...

El río Sahuarimbo a duras penas merece el nombre de río. Lo digo porque apenas corre tres meses al año, en los años buenos. Pero aún así, con los siglos ha ido labrando en sus riberas acantilados de roca viva y bancos de arcilla roja. En uno de éstos (precisamente en el que estoy parado ahora) está Baturi, un fantasma erosionado con nombre de pueblo. De aquí vengo y aquí me voy a quedar.

¡Padre!... ¡Madre! Oigo siempre ese grito, pero sé que viene de mí...

Sólo fuimos dos. Primero fue la hija, luego yo. Como ella llegó primero, mi padre miró a mi madre con reproche. Ella sólo bajó los ojos y le susurró tímida que el segundo sería varón y no le dijo que la partera le había advertido

que moriría si había un segundo. Dicen que nueve meses se pasó mi padre atisbando señales y mi madre hundida, por las tardes, en la penumbra de la ruinosita iglesia sin cura de la que no salía sin haber repetido millares de veces la súplica intercalada entre credos, salmos, yo pecadores y demás fórmulas viejas.

Así llegué a este lado de la realidad desde un más allá totalmente olvidado y un más acá recién descubierto. El puente fue mi madre, y en ello dejó la vida. Por eso ni llegué a conocerla, pero las tías me dicen que era delgada y pálida y con unos ojos como estanques lacustres ¡así de negros! por eso digo que eran como la noche. Así que me dió la vida, y se fue.

Mi padre me miró entonces con su primer odio, pero el hecho de que fuera varón le fue remendando el hachazo que tenía por dentro, y por eso echó el rencor para un recodo del alma y dejó que el orgullo de padre de otro hombre le ocupara el resto. ¡Cuánto peso, Dios mío, sobre el solo hecho de ser varón! Más después, lo comprendería.

Mis tías eran todavía jóvenes de años, pero ya eran dos viejas gazmoñas que revoloteaban alrededor de la iglesia como zopilotes de ordalía. No había velación, velorio o bautizo en que no anduvieran metidas, y no había tarde en que no se autoimpusieran penitencias como las de rezuquear jeringonzas repetitivas, arreglar el altar, barrer el atrio (si se le puede llamar así), sacudir los santos (a veces con malicia de solteronas) arreglar cuanto hay para los días en que viniera el cura. Y aquel remedo de templo se acomodó más en el centro de sus vidas desde el día en que el cura visitante fue un seminarista joven y alto con aspecto de viejo prematuro.

Era como un equívoco de la naturaleza porque su cara parecía labrada con jaibica, sus narices semejaban un plátano mal colgado y su cuello simulaba uno de buitre carroñero. Caminaba medio encorvado por la estatura y llenaba los zapatos del diez con dos grandes planchas deformes.

Yo no sé si por dentro sería tan feo como por fuera, pero desde que llegó empezó a prohibir cosas. De repente ya todo era pecado y las santurronas zopilotas se pusieron más estrictas que nunca. Nomás andaban con el dedo en alto repitiendo las prohibiciones que dejaba como tarea el cura cada vez que pasaba por el pueblo. Eran las encargadas de repetirlas para que se mantuvieran vigentes hasta que él volviera.

Por eso cuando mi mamá entró en la oscuridad final se me echaron encima como dos auras con las alas abiertas para protegerme de la vida. Mi padre les dejó hacer porque no tenía otra, pero les hacía advertencias sentenciosas respecto a mi cuidado olvidándose siempre de la Emilia. Mi pobre hermanita no contaba. Su vida era como una permanente disculpa, como lo eran las de la mayoría de las chiquillas de Baturi. En el pueblo casi no había hombres jóvenes. Todos se iban de braceros en cuanto podían mandarse solos. Venían sólo por temporadas a lucir sus botas nuevas y sus sombreros de lana, y a engañar a los vecinos conque allá

estaban ganando sombreradas de dólares. Luego se iban, dejando atrás un polvo de olvido que se le iba acumulando al pueblo.

Por eso era que las muchachitas eran eternas candidatas a secarse vistiendo santos y los padres recibían disculpas de las madres cuando las expulsaban al mundo.

En eso fui creciendo y las tías fueron enjutándose en una vida estéril. Y mi padre echándome encima toda su esperanza y todas sus enseñanzas de cabrío de campo. Yo sería todo lo que él no fue; haría todo lo que él no pudo; continuaría su vida hecho un orgullo de su padre. Su cariño era aplastante porque era como un cariño por sí mismo; como un cuidar su más allá.

No sé cuándo me di cuenta, pero un día supe que la fuerza de las tías atraía más que la de mi padre. Me solazaba en su mundo de alcobas frescas y de enaguas seseantes. Ellas me cultivaban el gusto blando y hasta llegaban a ponerme sus trapos. Era un mundo suave y a media penumbra que contrastaba con el de mi padre lleno de luz cegadora, de soles abrasantes, de trabajos rudos y de sudor penetrante de bestias y de hombres.

No sé cuándo se estableció el forcejeo de las dos atracciones, pero para cuando entré en mi adolescencia ya no había duda de que mis tías habían ganado. Mi padre, que siempre tenía que andarme buscando, se dio cuenta cabal el día en que mi hermana y yo nos retratamos juntos vestidos con las enaguas largas y los olanes ondulatorios de los mejores años de mis tías. Parecíamos dos hermosas gemelas con aquellos peinados altos que nos habían hecho las tías. ¡A cuál más de bonitas!, dijo una de ellas, ¡Pero si no se sabe a cuál irle! contestó la otra.

Es la foto esa que tengo allí en la fonda. A veces hasta se lo digo a los viajeros cuando paran a comer allí. Pero como ya estoy viejo y molacho, ni quien me lo crea. El caso es que él nos agarró todavía con la ropa puesta y con los labios pintados. No dijo nada, pero desde entonces se fue encorvando como bajo el peso de un montón de años que no tenía. A su sola mirada mis tías temblaron y no volvieron más por la casa. No volvió a hablarme y empezó a comunicarse conmigo a través de la Emilia. Y el día en que ya no pude más y le dirigí la palabra, él me atajó y me miró a lo hondo:

—Para mí como si te hubieras muerto.

Aquel golpe pareció dárselo a sí mismo porque desde entonces, se dedicó nomás a morirse.

Andaba como leproso, regresando del campo al oscurecer para no tener que pasear su deshonra en el pueblo. Y este villorrio que tiene seca el alma, anida lenguas como tenedores de vidrio que se encajan en los adentros. Creo que por eso no crecen sino vinoramas espinosas en las lomas largas que lo conectan con estos cerros sedientos. Todo parece como un borrón rojizo, porque a las casas se las está comiendo el viento y ya se desmoronan como azúcar mojada. Pero es la hiel del chisme que lo tiene así. Como hay tan pocos hombres, pues no hay quien lo repare y las re-

cuas de viejas vestidas de negro lo están erosionando con la lengua.

Pero no quiso morirse sin ver llover otra vez. Por eso tuvo que esperar tanto. Y se fue apagando el hombre, hasta que un día se nubló y él quiso levantarse para salir a ver aquello. En la noche relampagueó y para la madrugada empezaron a caer unas gotas gruesas que levantaron polvo al estrellarse contra el suelo terregoso. Para la mañana ya podía decirse que había llovido y él ya no tuvo que esperar más. Se murió callado, como avergonzado, y me dejó empozada en el alma esta culpa.

Pero la vida siguió su ritmo amodorrado. La vida, digo, la vida aquí en este resistidero reverberante; en este nido de beatas ponzoñosas.

Y encontré la salida de la fonda. Esta bendición de Dios en un camino que baja desde las montañas de la salida del sol y se junta con el del borde del río a media jornada de cualquiera de sus puntas. Estas cuatro mesas y esta carne de venado con verdura han sido mi vida desde entonces. Veintisiete años entre estas paredes llenas de madreselvas, con esa foto allí enfrente, en este crecer de limoneros, en este enrojecer de granadas.

No fue sino hasta los cincuenta cuando me sentí solo. La Emilia me acompañó por más de treinta, pero desde que me dejó solo me quedé sin qué agarrarme a la vida.

Por eso me aferré al Timoteo.

Bajó desde Maicoba, o lo dejaron de paso. Venía con su carita de guarijío toda llena de costras secas y su pelo apelmazado en crenchas endurecidas por aires remotos. Sus ojotes negros, brillantes, se abrieron asombrados cuando le serví la carne. Se echó sobre la leche como un becerrito recién desahijado y comió atragantándose como lo hace mi "golía" que nunca se llena.

Nunca, nadie, volvió por él, ni lo reclamó alma alguna. Timoteo le puse porque fue el día de ese santo cuando llegó, y porque sabía que era un envío de Dios.

Fueron tres años en que cupo más felicidad que en todos los demás juntos de mi vida. Era madre, era padre, y era hermano. Él crecía como las plantas de mi corral y yo ya tenía para qué existir. Hasta pinté la fonda y compré una hielera con el pretexto de aliviar la sed de los viajeros. Pero él sabía que todo era por su presencia que todo gravitaba en su entorno.

Pero este pueblo maldito no se lleva con la dicha. En la escuela los chamacos le hacían rueda para burlarse de que yo fuera su "madre". Las beatas inventaban cosas manchadas y entre rosario y rosario que luego las soltaban para llegar a oídos de Timoteo.

Hasta que él no pudo más.

Eso creo, porque igual que había llegado, un aciago día se desvaneció en el camino. Ni una señal ni un indicio para alimentar mi esperanza. Sólo su ropa doblada con amoroso cuidado sobre el armario, sólo la vaguedad de su rostro moreno y sus ojos brillantes de indio tierno.

Por eso estoy aquí, a orillas del acantilado del Sahu-

rimbo; por eso llevo horas aquí contándome mi vida para convencerme de que nada pierdo; por eso me precipito,

siento el vértigo,
se me rompen los tímpanos,
se me rasgan los pulmones,
me hundo en el vacío
caigo, caigo
caigo más... ¡ya floto!

Debe haber sido entonces, o ya desde el otro lado de la realidad, cuando escuchó, claro, el grito de Timoteo que esta vez era real:

—¡Padre! ¡Madre!...

¡AQUÍ TE VAS A QUEDAR...!

¡Aquí te vas a quedar, cabrón! Le estaba diciendo Aniceto Madrigal al viejo Terencio mientras lo ataba, con rudeza innecesaria, al encino nudoso del fondo de la cañada.

Era en la tarde, ya muy tarde, por eso las masas umbrosas proyectadas por las montañas inmediatas se estaban cerrando sobre el mineral. Como las chozas pendían de las laderas, el chiflón helado que se encauzaba en la hondonada las dejaba de lado, pero el estrecho callejón del fondo, donde estaba el pozo y el encino, quedaba siempre abiertos al gélido aliento de los eneros.

¡Aquí onde todos te vean, pa' que no te queden ganas de andar asando carne ajena y vendiendo sotol a los mineros; y pa' que aprendas a respetar a los que mandan de lejos!

El viejo no presentó resistencia para no remover la renombrada alevosía de Aniceto. Le conocía bien su instinto de jefe de La Acordada y no había olvidado aquellas oleadas de estupor que se desparramaban por la sierra cada vez que, en abuso de una autoridad imprecisa, cometía un nuevo crimen. La cercana cabecera de municipio nada podía contra aquellas facultades inciertas "acordadas" en la lejána capital del Estado. Allí se urdía la maraña de intereses que financiaban los ganaderos; que azuzaban los políticos; que influían al gobernador; que habían decretado que comerse una de las incontables reses de sus interminables potreros, era el más grande de los crímenes mayores; que con este pretexto daban rienda suelta a los poderes sin coto que se atribuía gustoso el famoso "Sangre Turbia".

Entre los toscos leños de las cabañas, se alineaban todos los ojos del mineral y se escurrían todas las miradas para ir a clavarse como alfileres en lo que estaba pasando abajo. Pero nadie movía una pestaña en favor del condenado porque sabían que aquel terror autorizado no permitía apelación alguna cuando "aplicaba la ley". Aquí te vas a quedar quietecito pa' que vayas pensando en lo que le vas a decir al diablo. Y si no te ha llevao pa' mañana, yo pasaré por ti nomás que haiga colgao a los vinateros que te surten el so-

rronchi y que te ayudaron a pelar la vaca. Ni necesito que me digas onde están, antes de llegar aquí chicotí al viejito de los burros del correo. Al segundo jalón de la cuerda, soltó el pico. Si, ¡la cuerda Terencio!; la de cuero crudo que tráimos y que nos sirve lo mismo pa' amarrar, que pa' latigar, que pa' colgar. ¡Por eso semos de La Acordada!

Cuando terminó el monólogo, dio el último apretón a los nudos tiesos y propinó a Terencio dos bofetadas de reafirmación. Subió la pendiente entre un desparramo de autoidad y llegó al changarro de Aristeo Campa con pasos seguros para ordenar que le asaran carne: —pues no me voy a contentar con cualquier cochinado, Aniceto Madrigal no es cualquier comemierda como ustedes.

En las cercanías de la mina grande comenzó a prender su fogata todo envuelto en miradas recelosas. Sentir sobre sí un cúmulo de ojos temerosos; percibir el fluido de un odio impotente; tener la certidumbre de poder causar miedo y saber que se hablaba de él en voz soterrada: era su recompensa mayor; el merecido premio a su fama y su más íntimo e indisputado placer.

Entre un reguero de descuido y teniendo como centinela al miedo, fue juntando cavilaciones evocadoras hasta quedarse dormido. Y allí abajo, Terencio con sus setenta y dos todos concentrados en un terco silencio; inundados los adentros con un odio atizado por la humillación; batallando contra el traicionero adormecimiento que conoce como el preludio de la muerte glacial. ¡Y apenas comienza la noche!

...Lo primero es no dormirse. Luego pensar en cosas desagradables para que no lo inunde a uno el sueño; patear el tronco para evitar la congelación de la punta de los dedos; frotar las manos contra las cuerdas para que la corriente de la sangre no se estanque; pensar en cosas desagradables; sobre todo: pensar. Sé bien que ninguno expondrá su nuca a un tiro seco por venirme a soltar... pensar, siempre pensar... que todo el mineral está pendiente y que una vibración intensa de excusas justificatorias está flotando sobre cada jacal; que el rencor se va juntando como densa niebla que alimenta el resentimiento... pensar, siempre pensar.

Y los dos empiezan a compartir aquel pensamiento-sueño. Aniceto lo respira a sus anchas y lo asimila en una sangre oscura que necesita de otra sangre para nutrirse. Terencio es arrastrado entonces por su poder y su semivigilia va mezclándose gradualmente con las cavilaciones de aquél.

Y juntos, van a dar al no tiempo, a... a la vez en que Aniceto colgó de los alisos del arroyo de Álamos aquellos dos indios a los que antes cortó las orejas para asarlas bajo sus pies oscilantes. Y fue también por mezcál y por carne. Hacía tanto de aquello, ¡qué tiempos, carajo! Y sobre todo qué grata aquélla, la compañía de mi lugarteniente, el Melitón Anaya. ¡Cómo se divertía con aquellas travesuras inocentes de andar violando indias por todo el sur de la sierra y esperando el reclamo del indio ofendido para lazarlo del pescuezo, tirar la reata por encima de un brazo de árbol, enredarla en la cabeza de la montura y echar la carrera. No-

más tronaban las molleras como sandías partidas cuando se estrellaban contra el tronco. ¡Ése sí sabía usar la cuerda; ése sí era un verdadero Acordada! —Fue un accidente— le decía a la india cuando le arrojaba a los pies el colgado porque él no tenía tiempo de andar enterrando indios robavacas. Y en esas tuvo treinta y dos hijos. Algunos en Santa Rosa, otros en Yécora y Mulatos y los más en los ranchos de cualquier parte, ¡aah ...como fiera mi ayudante!, ¡qué tiempos! Y ahora ya perdió todo su brillo y dicen que fue a parar a Tacupeto donde se ha vuelto casero y persinao y parece que hasta autoridad civil ha resultado...

Hacia la medianoche, el subconsciente añorante de Aniceto se reacomoda en sus profundidades y Terencio se queda solo. Una vigilia gélida se le aferra entonces al espinazo. Piensa que ya no vale la pena. Después de todo... ¿para qué quiero esta vida vieja y vagabunda?; este rodar de piedra cuesta abajo, este trajinar mi hambre de pueblo en pueblo vendiendo baratijas y exponiéndome a esto con el aguardiente, y sobre todo, este tener que abstenerse uno de amar a la gente para no tener que abandonar afectos... Y empieza a envidiar la suerte de Aniceto ...¡ése sí que tiene destino!, más bien tiene historia, porque ya hace mucho que se empezó a poner viejo y dicen que ya cambió el gobierno y que van a retirar La Acordada. Parece que los convencieron porque les recordaron que para eso está el ejército que no les cuesta nada. Y el viejo "Sangre Turbia" se va quedando sin función y todavía con mucha vileza encharcada en el alma, ¿qué va a hacer con ella? Por eso va tras los vintateros, porque necesita enemigos para vivir. No es cierto que sabe dónde están y por eso volverá luego para que no se le queden pendientes sus ganas de matar y, aunque soy poca cosa para él, por lo menos no se quedará con las ansias. ¿Y si no llego hasta entonces?, ¡qué burlada le doy, qué gusto le quito, qué!...

Era todavía negra la madrugada cuando Aniceto se retiró como tigre y removió de nuevo el rescoldo. Todos los párpados que se habían cerrado por algunas horas, volvieron a amontonarle las miradas encima. Él las sintió sin sorpresa y vibró de nuevo. Al ponerse en camino, pasó a revisar a Terencio. Se alarmó de que el viejo nervio se estuviera poniendo duro y, con varios cuartazos en diferentes partes del cuerpo, le atizó el odio para que lo hiciera vivir. Y sabiendo que aquello le daría resultado, se perdió confiado en la madrugada penumbrosa.

¡Fue entonces cuando lo decidió! Lo hizo sin pasión, como con un sereno gusto y con una determinación casi factual. El dolor morado de la reata se le había estampado hondo en sus arrugas pero más hondo en el encono: Terencio Corrales iba a sobrevivir. ¡Tenía ya una venganza pendiente en la vida; tenía ya que cumplir un destino!

Salió primero Isidoro Rascón con un hato de leña a cuestas. Luego apareció Juanito Treviso con la yesca lista. Nor-

berto Molina prendió un ocote y el círculo se fue apretando en torno a Terencio. El calor del fuego lo empezó a reavivar por tramos. Primero sintió el calorito por dentro y oyó que el corazón le latía. Luego fue dándose cuenta de sus manos y al último de sus pies. Cuando terminaron de soltarlo, ya le hormigueaban las plantas y el alma. Cayó pesadamente en los brazos membrudos de Estolfo Carillo y se fue doblando lento hasta quedar fente al resplandor que doraba su viejo perfil. El primer sorbo de café le fue entrando en el cuerpo como una inyección visceral que lo fue trayendo suavemente a la vida. Fue entonces que se los dijo:

—¡Voy a esperarlo!

De aquel día no quedaba ya sino un reguero de cobres que doraban las siluetas abruptas de la cordillera. El soplo de la primer cabañuela quedó suspendido cuando, cercanos, se adivinaron los pasos confiados de una cabalgadura. Y no se hizo esperar:

—¡Ora sí vengo por ti viejo carcaje! —le grita desde la cresta y sin desmontar todavía.

—¡Ya sé que te soltaron esos maricas. Pero nomás te pongo a buen recaudo y les arreglo cuentas!

En su tono no hay verdadero enojo, más bien se percibe una especie de tolerante regaño, y por fugaces segundos, una oleada relampagueante de memoria le repasa instantáneamente el otro lado de su ser. Se recuerda entonces repartiendo subsistencias entre campesinos famélicos, corrigiendo entuertos familiares ajenos, perdonando delincuentes, alzando en vilo a hijos y sobrinos en frecuentes arranques de ternura, evocando los rostros de los suyos en sucesivas imágenes furtivas...

Por eso se le congela la sorpresa en el rostro cuando de atrás del encino la boca negra de la escopeta le apunta como respuesta. Va a reírse de aquel atrevimiento senil, cuando el primer trueno rasga la tarde y va a estrellarse en la cabeza de su montura y a llenarle los ojos con astillas de bronce. Todavía no alcanza a creerlo y desenfunda por instinto enviando a ciegas dos silbidos que van a incrustarse en el tronco que protege a Terencio. Éste, sabedor de su ventaja, da tiempo a que la sangre cubra la cara de Aniceto y lo convenza de su estado:

—¡Hasta con los ojos tapados te rajo la madre maldito; a mí no me tumba cualquier viejo ñengo! Pero el líquido tibio ya le hace surcos movibles en el rostro y le rueda hasta el pecho. Terencio asoma otra vez en el tubo negro y libera el segundo envío de perdigones. El musculoso costado de Aniceto se hace un clavel purpurado. Se da vuelta entonces sobre sí mismo invadido por un pánico incrédulo y al lanzar su última injuria, se deja ir cuesta abajo hasta detenerse frente al encino nudoso del fondo de la cañada: "Gánate de una vez tu destino viejo lámpiro, gánate..." y de bruces se queda quieto a los pies del anciano que tembloroso acierta a decirle:

¡Aquí te vas a quedar, cabrón!

que son una de las muchas cosas que el mundo necesita...
...y que son una de las muchas cosas que el mundo necesita...

La primera edición de Gerardo Cornejo, editada por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Programa Cultural de Las Fronteras, se terminó de imprimir el 5 de julio de 1990 en Grupo Edición, S.A. de C.V., Xochicalco 619, Col. Vértiz-Narvarte, 03600 México, D.F. Se tiraron 1 000 ejemplares en tipos de Garamond de 13, 12, 11 y 9 pts. Cuidó la edición Elva Macías, Jefa del Departamento de Voz Viva.

que son una de las muchas cosas que el mundo necesita...
...y que son una de las muchas cosas que el mundo necesita...